

XVI

Rosario, creyendo que ya se había humillado á su marido más de lo que debía, no trató de verle, ni le envió por escrito una sola palabra de despedida.

Pepe, seguro de que su mujer ya no le podía estimar y de que el ofrecimiento de la llave había sido una prueba que había querido hacer de su honradez, se dijo que el asunto de su matrimonio era cosa perdida, y que lo mejor que podía hacer era divertirse lo posible con Ceferina y con sus compañeros de desorden, que eran los que empujaban al abismo á aquella blanda y dócil naturaleza, tan fácil de guiar y tan mal comprendida.

Sin embargo, cuando su suegro fué á buscarle para despedirse de él, y le estrechó llorando en sus brazos, lágrimas de dolor brotaron también de los ojos de Pepe, porque éste sabía lo que valía aquél hombre excelente.

—¡Hijo mío!—exclamó el honrado labriego,—¿por qué no cedes tú?

—¿Y en qué he de ceder, señor?—preguntó Pepe.

—¡En lo que sea! ¡Si yo no sé aún la causa de vuestro enojol

—¡Ni yo tampoco, padre!

—¿Y sin causa os separáis? ¿y sin causa rompéis el lazo que Dios ha bendecido? ¡Sólo por genialidades, sólo por no poner cada uno un poco de su partel... ¡Qué dolor de hija, y qué dolor para tu madre!

—Padre —dijo Pepe,— Rosario ya no me estima, Rosario me desprecia: ella es la que se aparta de mí... ¿Qué he de hacer? ¿he de obligarla por la fuerza á que viva á mi lado? Usted conoce su genio duro y sus modales, que no se sujetan á miramiento ninguno, y era capaz de decirme cada día que la obligaba á estar conmigo sólo porque es rica. ¡No, padre, no! Para usted seré siempre un buen hijo; entre ella y yo no puede haber avenencia.

Don Dámaso no era elocuente, y su índole blanda hallaba cerradas pronto todas las salidas; ofendióse además, en su cándida buena fe y en sus cortos alcances, de que su yerno culpase tanto á Rosario. Enjugóse, pues, las lágrimas, y salió de la estancia, bajando á seguida la escalera.

En la puerta de la calle había un coche, y allí se despidió Rosario de doña Benigna y de Casilda.

Aquellas dos mujeres, modelos de paciencia, de dulzura y de santa y suave humildad, lloraban á lágrima viva; en tanto que Rosario, pálida de

desesperación, pero reprimiéndose con un heroico esfuerzo, no dejaba escapar de sus ojos una lágrima.

Cuando bajó don Dámaso, callaron las dos; el anciano estrechó la mano de doña Benigna, y abrazó á Casilda besándola en la frente.

—Adiós, mi señora doña Benigna —dijo;— adiós, Casilda. Si no me vienen ustedes á ver á mi rincón, hasta el cielo. ¡Ya no volveré jamás á este Madrid, del que tan tristes recuerdos llevo! No, no: allí viviré, y allí me enterrarán al lado de mi santa y buena mujer.

—¡Véngase usted, madre! —dijo Rosario á doña Benigna en voz baja.

—¡Yo! —exclamó la señora;— ¡yo dejar á mi hijo! ¡Imposible!

—El la dejaré á usted, —murmuró sombríamente Rosario.

—El hará lo que quiera; pero yo no me separaré de su lado, y lo mismo debías hacer tú.

Rosario no respondió nada; dió el último abrazo á Casilda, que lloraba con desconsuelo, y subió al coche.

Un instante después, los caballos echaron á andar.

—¡Quiera Dios que no le pese el habernos dejado! —exclamó Casilda.

—Le pesará —repuso la generala;— le pesará, como pesan siempre las consecuencias del orgullo.

Casilda iba á subir á su sotabanco para llorar con libertad la separación de su amada señorita; pero al oír la afirmación de doña Benigna, el afecto que tenía á sus bienhechores pudo en ella más que su natural prudencia, y exclamó:

—¡Qué orgullo, señoral! ¡Si ella ha padecido más que una santa mártir!

—¿Y por qué? Por su genio, que nada sabía disimular.

—No diga usted eso, por Dios, que usted no sabe de la misa la mitad.

—¿Qué dices?

—Que anteanoche mi Paco y yo acompañamos á la señorita á la puerta del teatro del Circo, y allí...

—Acaba...

—Allí vió al señorito Pepe con una bailarina francesa, y oyó cosas que eran capaces de hacerla desesperar.

—¡Dios mío!—exclamó la generala; y sus labios pálidos temblaron, y hubo de apoyarse en el hombro de Casilda para no caer al suelo.

—Vamos arriba—prosiguió después de una pausa,—y me dirás lo que sepas.

—¿Pues qué, la señorita Rosario nada le ha dicho á usted?

—¡Ni una palabra!

—¡Y habrá quien la llame luego imprudente!

La anciana y la joven se encerraron en el cuarto de la primera, y allí Casilda contó, con su

natural vehemencia, toda la escena de la plaza del Rey.

Después que acabó su narración, se subió á su sotabanco, dejando á doña Benigna sumergida en un mar de confusiones.

La noticia de la depravación de su hijo la llenó de terror. Su corazón de madre le decía que el que una vez huella la funesta senda del escándalo, tarde ó nunca se aparta de ella, y que el que ha probado el amor de esas mujeres siente secarse en su corazón las semillas del honor y de la virtud.

XVII

Pepe, al verse sin su mujer y para distraerse de la pena que sentía con su abandono, fué á casa de Ceferina.

La joven hija de Terpsícore vivía sola con una doncella, confidente de sus galanteos, y su casa, aunque pequeña, parecía el templo de las gracias y de la voluptuosidad.

Abierta la puerta, se entraba en una pequeña antesala, cuyo centro le ocupaba una mesa redonda cubierta con un tapete carmesí, sobre el que se veía una bandeja de plata donde los días que no recibía depositaban sus tarjetas las personas que iban á visitarla.

En aquellas tarjetas se leían los nombres que eran entonces más ilustres en España en artes, ciencias, banca, literatura y política.

Ceferina no era bonita, pero podía pasar por linda; y era además tan elegante, tan coqueta, tan distinguida, que cautivaba á muchos graves señores con gafas y con canas.

No eran pocos también los jóvenes que iban á dejar, á los pies de aquella sirena peligrosa, la paz de su corazón, la tranquilidad de sus familias y la fortuna de sus padres.

Ceferina era insaciable en cuanto á dinero: su sueldo en el teatro, donde brillaba como una estrella coreográfica, no era corto; pero lo que sus gracias conquistaban suponía por diez sueldos, y de aquellos espolios guardaba una buena parte para su vejez, aunque era muy joven todavía.

No era extraño que alcanzase tanta fortuna: era bailarina y extranjera, dos cosas que, en aquella época, eran el *non plus ultra* del mérito y de la perfección femeninos.

Pasada la antesala, se entraba en un corredor largo, cerrado al fin por una cortina; y levantada ésta, se pasaba á la sala, que tenía dentro un gracioso gabinete.

Nada más lindo que aquellas dos habitaciones.

La primera, vestida y decorada con seda carmesí, ostentaba una preciosa y artística sillería de encina negra tallada, con asientos mullidos de raso carmesí, que remataban en largos flecos de seda.

Una mesa, cubierta con un tapete, sostenía algunas macetas de porcelana, cargadas de flores, que tenían allí, y sobre un lecho de tierra, su cómoda vivienda.

En la chimenea había un artístico reloj de bronce obscuro, que representaba á Petrarca escribiendo sus endechas á Laura.

El gabinete era una maravilla de buen gusto: se hallaba decorado con terciopelo violeta de un matiz delicadísimo, y casi todos sus accesorios eran de plata.

La sillería, de madera blanca con los asientos de terciopelo violeta, hacía un delicioso efecto; una gran copa de plata de forma antigua, llena de preciosas flores, ocupaba el centro de un velador colocado en medio de la estancia; caían delante de los balcones cortinas de gasa blanca, que sujetaban cordones de seda violeta, y se respiraba en todas partes un perfume delicado y suave.

Ceferina, sentada en un pequeño sillón, leía cuando entró Pepe: tenía puesto un peinador blanco, guarnecido de encajes de gran apariencia y poco precio, porque Ceferina poseía como nadie la habilidad, tan general en su país, de seducir por el exterior.

Pepe entró sin decir nada, y se dejó caer en otro sillón cerca del que ocupaba la bailarina.

—Amigo mío—dijo ésta,—ya te he repetido muchas veces que no puedo acostumbrarme á tus maneras bruscas y ordinarias, y que te suplico que las corrijas.

Pepe no respondió.

—Además—prosiguió Ceferina,—ese aire que tienes no me gusta; me desagrade también el descuido que observo en tu traje. Pepe, ó dejas á esas gentes que te rodean ahora, esos toreros que me causan miedo, ó no te recibiré más. Tú has debido tener una buena y escogida educación, y la has perdido por completo al lado de esa gente: recóbrala, pues, ó no vuelvas á verme.

Pepe quedó aturdido con esta filípica que no esperaba.

—Ya sabes—prosiguió la bailarina,—que me sobran pretendientes ricos, de buena posición, elegantes y de una educación excelente: no hagas, por lo tanto, que me arrepienta de estar enamorada de tí, y procura que te vea más complaciente, y, sobre todo, con más elegantes maneras.

En aquel momento entraron algunos amigos de Ceferina, y Pepe, viéndose, en efecto, muy inferior á ellos, salió de allí, y triste y pensativo se dirigió á su casa.

En ella sólo halló lágrimas. Su madre, encerrada en su habitación con la Marquesa del Puerto, lloraba; en el cuarto que había sido de Rosario, lloraba Casilda: allí entró Pepe y se dejó caer en una silla.

—¡Ah, señorito!—exclamó,—¿por qué ha dejado usted que se fuera? ¡Ella tenía su genio; pero á bondad no le ganaba nadie!

—¡Calla ya, y déjame solo!—exclamó Pepe.—Vais á volverme loco. ¡En todas partes acusaciones ó quejas! ¿Dónde hallaré una voz amiga que me anime?

—Sólo la de ella es la que debe ser dulce para usted—repuso Casilda,—pues entre los pesares y las alegrías del matrimonio no cabe intermedio.

XVIII

Tres meses después, y en una bella mañana de estío, un hombre flaco, pálido, con la barba crecida y el traje viejo y deteriorado, llegaba á las puertas de Epila en la diligencia.

Apeóse en el parador, y allí preguntó por la casa de don Dámaso Maroto.

Uno de los mozos de la posada se la enseñó desde la puerta.

—Es aquélla—dijo,—aunque parece un convento, dentro hay más gente que en un pueblo; pero yo no sé lo que pasa, que así don Dámaso como su hija han llegado de Madrid *aplanaos*.

—¿Qué ha de pasar?—repuso el posadero, que oía la conversación.—Que la señorita se casó á la cuenta con algún *perdío*, con el que no habrá podido vivir.

Las pálidas mejillas del viajero se tiñeron de carmín, y quiso hablar; pero el posadero, sin darle lugar, prosiguió así:

—Crean que en Madrid *se hartan los perros de longaniza*, y allá van todos los ricos; y lo que pasa es que allá dan con lo más malo. ¿No le valía más

á la hija de don Dámaso haberse casado con algún muchacho labrador?

—¡Qué!—repuso el criado,—¡si aquí nadie la quería! ¡Llevaba una fama de mal genio!... ¡A saber si el haberse venido acá habrá sido por ella!

—Por ella, no; que aunque tenía el genio serio y poco amigo de bulla y de locuras, era su vida más limpia que el sol; y pretendientes de sobra que los tenía, sino que no los quería.

—Lo que es ahora está poco divertida—observó el mozo:—sólo va á misa y á rezar por las tardes; á dar alguna vuelta con su padre por los campos, y se acabó.

—Gracias, señores,—dijo el viajero; y sin más razones, se dirigió á la casa indicada por la del señor Maroto.

En el fondo del anchuroso patio se abría la puerta de la huerta, que era grande y hermosa: precedíala una especie de terrado entoldado de parras y enladrillado con primor; alrededor de la pared se extendía una fila de macetas llenas de flores y plantas olorosas, que perfumaban el ambiente de un modo fresco y delicioso.

Sentada bajo las parras y cosiendo un lienzo tosco, había una mujer joven y hermosa. Vestía un hábito de la Soledad, y sus blancas manos se destacaban, bellas y perfectas, sobre el moreno color de la tela.

Era Rosario.

Su negra cabellera, recogida en una sola tren-

za, se enroscaba detrás de su cabeza, descubriendo toda su riqueza y abundancia aun con un peinado tan exento de pretensiones.

Sentado á alguna distancia, y mirando la bella y alegre perspectiva de la huerta, el anciano don Dámaso permanecía inmóvil y recostado en un ancho sillón.

Su obesidad había desaparecido en su mayor parte, sus ojos se hallaban tristes y hundidos, su color se había apagado, sus cabellos estaban del todo blancos: parecía haber vivido diez años más.

La hermosura de Rosario parecía también haber cambiado de carácter.

Una palidez semejante al marfil cubría sus mejillas; sus grandes ojos negros estaban cercados de ojeras, que, si la hacían más interesante, le daban un aspecto triste.

El extranjero llegó hasta la puerta del terrado sin que nadie se opusiera á su marcha. Hacía algunos instantes que se hallaba allí, apoyado en el quicio, cuando el reloj de la cercana iglesia dió las nueve.

Rosario cruzó las manos sobre su labor sin alzar la cabeza; su padre se quitó el gorro de terciopelo negro que cubría sus cabellos, y ambos rezaron el Ave María.

Acabada, añadió Rosario:

—¡Porque Dios le traiga al buen camino!

Padre é hija rezaron un Padre Nuestro, y en los ojos de Rosario asomó una gruesa lágrima.

Al llegar á estas palabras: «y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores,» el forastero avanzó dos pasos y exclamó:

—¡Padre!

Don Dámaso, al oír esta exclamación, se volvió asustado.

Rosario se levantó, corrió hacia él, y gritó con un acento que partía del alma:

—¡Pepe!

Pero al abrir los brazos para estrechar en ellos á su marido, su emoción fué más fuerte que su voluntad, y cayó desmayada.

—¡Eso no es nada!—observó don Dámaso.— ¡Eso es la alegría, porque sábelo, Pepe, lejos de tí la pena la mataba, y á mí también! ¡Bien venido seas, hijo mío, á la casa que es tuya, porque es la de tu mujer y de tu padre!

Rosario abrió los ojos, y al instante saltó de ellos un raudal de lágrimas.

Pero al mismo tiempo desapareció el fúnebre velo que cubría sus miradas, y las nubes de su frente se corrieron como por encanto: aquel llanto se llevaba todas las amarguras de su alma.

—Hijos—dijo don Dámaso,—yo estoy tan contento con veros juntos, que me voy al campo para dar gracias á Dios. Os dejo que habléis, á condición de que todo lo que os digáis sea dulce: lo pasado, pasado; y así que acabéis de hablar, escribele á tu madre que venga al momento para pa-

sar aquí juntos el verano; que al invierno, Dios dirá.

El bondadoso anciano salió dando saltitos y rejuvenecido diez años.

Rosario y Pepe, asidos del brazo, se internaron en el jardín.

—Muy culpable he sido—dijo éste;—pero también muy desgraciado. Las gentes entre las que busqué el olvido de lo que yo llamaba tus injusticias, me han enseñado á conocer el mundo, Rosario; y entre ellas he aprendido que la mujer que tiene menos defectos es la propia, y que al esposo toca corregirlos con dulzura y paciencia.

—No te acuses así—repuso Rosario:—yo te amo, y en mi corazón está tu mejor defensa; yo me acuso á mí misma del delito de intolerancia. Yo exigente, tú susceptible; yo rígida, tú delicado y tierno, á pesar de amarnos con ese cariño del alma, que es la principal condición de la dicha, no nos comprendíamos: ambos teníamos demasiado corazón. Estudiémosnos y corrijámonos durante este verano, y al invierno volveremos á Madrid, para que los que nos han criticado puedan envidiar nuestra dicha.

—¿Pero olvidarás?...—preguntó Pepe con timidez.

—Todo—repuso Rosario.—Soy, antes que nada, buena cristiana, y sé que Jesucristo nos manda perdonar. Pepe, no hallarás aún en mí los primores de la alta sociedad, ni esa afectación que

muchas veces seduce por la belleza de sus formas; pero á través de mi áspera corteza, encontrarás siempre á la mujer honrada, que conoce las obligaciones de la esposa. Sé tú el paciente lapidario que bruña mi carácter, y verás cómo hallas tu recompensa en tu misma obra. ¿No he de perdonarte, si la noche misma en que me aseguré de tu infidelidad fuí á tu cuarto para intentar una reconciliación, para apartarte, si era posible, del mal camino?

—¿Luego la llave de tu gaveta que me ofrecías, según creí yo con intención de rebajarme?...

—Era para que tomaras el dinero necesario para el vestido que pedía aquella mujer, y no lo buscaras en el juego.

—¡Rosario!—exclamó el esposo, —¡qué mal te he juzgado y cuán superior eres á mí! ¡No bastaba el haber sabido por mi madre que, en vez de hacerme salir de Madrid, me dejaste dueño de mi libertad, y preferiste encerrarte en este pueblo, que aún debía saber por tí misma hasta qué extremo has sido generosa!

—No hablemos de eso—dijo Rosario, riéndose y tapando con su linda mano la boca de su marido.—Mira, aquello que estaba cosiendo es ropa para los pobres: hoy acabo la última sábana; mañana iremos á la ciudad, en la que me mandaré hacer algunos lindos trajes á tu gusto; á tí te harán otros tantos: nos vestiremos el uno para el otro; procuraré ser agradable para tí, y adquirir

la elegancia y la amabilidad que me faltan. Yo te enseñaré á querer; tú me enseñarás á ser una mujer seductora, y al invierno mi madrina se admirará de nuestro cambio.

En efecto: al día siguiente, Rosario y su marido fueron á la ciudad. Pepe había vendido, para jugar, hasta su último traje, y todo el producto de sus ganancias se había consumido en dulces y flores para Ceferina, quien, al ver que sólo le debía estos *pobres obsequios*, en vez de los diamantes y encajes que estaba habituada á recibir, acabó por cerrarle la puerta de su casa.

Entonces Pepe, pobre, arruinado, sin el hábito del trabajo y con el alma abrevada de desengaños, volvió al hogar doméstico en busca de la paz, pero esperando hallar reconvenciones y desvío: no sucedió así, como ha visto el lector. Rosario, á pesar de todos sus defectos, era una mujer cristiana: *quiso y pudo* perdonar á su marido, porque en la senda del deber, y cuando nos acompaña una firme voluntad, *querer es poder*.